

848.8  
L883r

10-23-XI-78

PQ2472

56

56

*Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.*



FERN

6650

MADRID, 1883.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

Á LA MEMORIA

DE LA SEÑORA LEE CHILDE

(ANTES BLANCA DE TRIQUETI).

He dedicado estas páginas á la memoria de una amiga noble y distinguida, cuya imagen permanece siempre viva en mí cuando tengo espacio y tiempo para pensar.

Sólo á ella las dirigí desde el principio, al escribirlas en los lejanos países Amarillos; desde ellos se las enviaba, y venía á ser esta correspondencia como conversación entre ambos para distraerla, durante aquellos meses interminables y tristes en que lentamente, lentamente, se iba apagando con exquisito y sereno semblante.

Poco más de un año hace que descansa en paz en la tierra; parecerá algo tarde venir ahora á ha-

blar de ella aun á las gentes escogidas, aristocracia del nacimiento y de la inteligencia, que en vida la rodeaban, formándole una verdadera corte.

Bien quisiera yo dejar grabadas sus facciones, que se pierden como la de todos los muertos, borrándose de la mente de los que quedan. Los libros, incluso los que más pronto se olvidan, duran mucho más que las humanas existencias, y mi deseo sería que en las hojas del presente se fijara algo de ella que la sobreviviera.

Casi siempre fuimos el uno para el otro *amigos apartados*, según frase suya muy frecuente. Mi oficio me obligaba á andar errante, y ella se retiraba los veranos á su castillo del Perthuis, recorriendo en el invierno el Africa, en busca del sol que contuviera su enfermedad; lo más que nos veíamos eran unos cuantos días, entre viaje y viaje, largos generalmente.

Pero las cartas, que atravesaban el mundo entero, nos transmitían fielmente nuestros pensamientos acerca de todas las cosas. En ciertas ocasiones (ocasiones de turbación), era mi consejo, consejo recto y firme, precioso á mi sentir y que yo

seguía religiosamente. Abrigo el recelo de no encontrar palabras bastante respetuosas para ocuparme de ella y recordar su noble persona.

Su habitación de París hallábase situada en los Campos Elíseos; era aquella gran casa que avanza como proa de barco entre la *Cours la Reine* y el jardín del Palacio de la Industria. Allí es donde con más frecuencia la he visto, allí donde más gráficamente se me representa, sentada en su sitio favorito, en una especie de pequeño santuario que se había formado al fondo de un salón ovalado del cuarto bajo, á la sombra de altas palmeras, que constituían en su interior como una valla contra la excesiva claridad del exterior. Aspirábase un suave perfume del Oriente desde la entrada. Cuando se abrían las primeras puertas, ocultas bajo cortinajes recogidos, y al final de una especie de avenida de cosas raras reunidas por su gusto exquisito, se la veía levantando su cabeza de cabellos color de oro oscuro, para fijarse en el personaje que llegaba; luego de reconocido, cayendo de nuevo en su actitud, casi recostada, acogía la visita con aquella sonrisa amable para los

indiferentes, franca y dulce para los que veía con gusto.

¿Cómo pintar su figura para que se asemeje un poco?

De innata y suprema distinción; alta, esbelta, derecha y ondulante á la vez; andando como las reinas soñadoras, su cintura flexible y la cabeza inclinada hacia el suelo. Su rostro era pequeño, admirablemente fino, blanco como la cera, ya con huellas profundas, destruído en ciertos momentos por el mal mortal que la minaba. Perfil de líneas poco marcadas, dulcificadas, raras, jamás visto en mujer alguna. De sus ojos, bien puede decirse que *alumbraban*, y no con la exageración y el abuso que es frecuente cuando de ojos de mujer se habla, sino con certeza y perfecta realidad; de azul gris, ó más bien de un color cambiante como las ondas del mar, pues que su matiz variaba según los sentimientos que los animasen; ojos que en ocasiones parecían dilatarse para escrudriñar hondo, hondo, y sondear los últimos repliegues del alma; duros como el acero siempre que desaprobaban ó no amaban, infinitamente buenos, infinitamente dul-

ces y hasta delicadamente risueños cuando se le ocurría decir alguna broma imprevista que ninguna otra hubiera discurrido. En determinadas ocasiones, estos mismos ojos notables manifestaban una absoluta indiferencia, por laxitud, que muchas gentes tomaban por desdén y que intimidaba fuertemente.

Un académico, amigo suyo, le dijo cierto día: «El retrato superficial de usted se traza con cuatro adjetivos: orgullosa, elegante, indiferente, inteligente.» Y esto era ella en efecto en su exterior.

Con un ideal inaccesible en todas las cosas, no realizado por mirar quizá con exceso al fondo, cansada de la vida, harta de homenajes, había ido poco á poco ocultando su espíritu debajo de aquellas apariencias.

Su fotografía exacta, levantada la máscara mundana, podría trazarse diciendo: «recta, animosa, noble, delicada.»

Sincera como pocas mujeres saben serlo; extraña absolutamente á las mil pequeñas coquetearías femeninas, á las mezquinas rémoras y agita-

ciones menudas, vivía mucho más alto que todo esto. Era una *amiga* constante y fiel, y honrada hasta en los menores movimientos irreflexivos de su pensamiento. Su palabra, algo áspera y breve en ocasiones, buscaba siempre, cuando aconsejaba ó censuraba, la frase más á propósito para conducir á sus amigos hacia lo que le parecía objeto digno y levantado.

Valiente como el hombre de más corazón ante la muerte prevista y próxima, luchando contra ella palmo á palmo por amor á la vida, pero sin una queja, sin alteración sensible en la serenidad de su sonrisa. Una vez me escribió: «¿No es verdad que es el miedo necia inutilidad?» Valiente aun en las pequeñas decepciones fatigosas de cada día.

Delicada en todo, en su espíritu, en su lenguaje, en su aspecto, hasta en las personas y cosas de que se rodeaba.

Enamorada de cuanto existe en el mundo hermoso y admirable, gustaba naturalmente de todos los refinamientos de la elegancia.

A propósito de una célebre mundana, que bruscamente vino á dar en la miseria, le oí exclamar:

«¡Dios mío! fácilmente puede prescindirse de lo necesario y de lo *convenido*; pero ese lujo de que ya no disfrutará..... ¡Pobre mujer!»

Lo *convenido*, las menudas convenciones y obligaciones sociales que constituyen toda la vida y manera de ser de ciertas gentes, eran por ella aceptadas, aunque en el fondo las desdeñase soberanamente; como también menospreciaba las ideas modernas, las teorías igualitarias y todo aquello que vulgarmente se designa con el nombre de progreso; conservando en cambio el culto del gran pasado derruido y el respeto á los recuerdos, á la tradición y á las religiones.

Poseía esta admirable criatura una extremada actividad de espíritu, como si sintiera la necesidad de comprender, ó al menos de percibir, antes de la muerte, todo el conjunto de los conocimientos humanos.

En comunicación con inteligencias verdaderamente superiores, atrayéndolas por su majestuoso encanto, leyendo cuanto se publicaba de notable en Europa, vivía al corriente y al nivel de lo más elevado, de lo que solamente sucede en aquellas

esferas á que pocas mujeres consiguen la posibilidad de llegar.

Bien conocía mi alejamiento innato de las cosas impresas, y por esto se tomaba la molestia de subrayarme los pasajes y doblarme las hojas de lo que era preciso por lo menos leer; y entonces por este medio, y en razón de su cuidado, imponíame yo y adivinaba al momento el contenido de un libro grande que por su aspecto me horrorizaba.

Pero no únicamente paraban en esto sus excelentes cualidades, sino que también escribía de una manera en realidad admirable; y sus cartas, que fiel y puntualmente me llegaban por el correo de Francia al país de mi destierro, constituían una de mis más profundas alegrías. Y como era lindísimo y noble cuanto de ella provenía, me confortaba en las horas de desfallecimiento, porque lo espiritual, lo fino y de buena ley que producía siempre era realmente sin tacha.

En cierta ocasión, por distraerse, había escrito la narración de uno de sus viajes al Egipto, publicándose en la *Revista de Ambos Mundos*, y más tarde en forma de libro con el título de *Un infier-*

*no en el Cairo*. Y como me indignara yo de que no me lo hubiese enviado, recibí á mis reproches esta contestación: «Fué por modestia bien natural; esperaba que usted me lo pidiera. Si se tratara de un libro sobre cocina, conforme; me hubiera sentido orgullosa de hacérselo á usted leer; pero del Oriente, del Oriente, á usted, Loti, nunca.»

Cuando su inteligencia descansaba por casualidad, entonces eran sus dedos los que se hacían activos, viéndosela combinar con sus delicadas manos sedas de raros colores, hilos de plata y de oro, y componer de prisa, de prisa, como si fuera una hada, maravillosos bordados, cuyo dibujo había ella misma trazado en acuarelas allá en el fondo de algún retiro inaccesible en Kairoán ó alguna otra parte.

En uno de sus viajes cuenta las idas y venidas á la Karbah de Argel para llegar á descubrir los misterios de cierto *punto* de tapicería árabe.

Excusábase después de haber ejecutado tan preciosos trabajos por ser ocupación infantil, y decía riéndose: «En una de mis precedentes encarnaciones he debido ser una obrera laboriosa, ha-

biéndome quedado sin duda esta manía del trabajo en la punta de los dedos.»

Creía mi inolvidable amiga que por este movimiento constante se sostenía de un modo artificial y que lograba engañar su enfermedad.

Un día, observándola más postrada que de costumbre, le dije: «Suplico á usted que se marche al campo, á tomar el aire, el sol; á algún sitio en donde no pueda usted hacer nada, leer nada, ver nada; porque considero que con este género de vida se está usted asesinando aquí.» Con sonrisa tranquila me respondió: «Si yo no me matara así, paso á paso cada día, ya me hubiera muerto hace tiempo.» Sentóse después al piano y tocó una pieza ligera y febril, y tocaba como un profesor, algo por el estilo de Rubinstein, á quien ella admiraba, pero con propio carácter y sentimiento. Esto la fatigaba extremadamente, mas producía una delicia perfecta el oirla.

En mi memoria permanece grabada la visita que le hice en Marzo de 1883, á punto de partir para reunirme en Formosa con la escuadra del almirante Courbet.

Fuí á París para despedirme de ella, y la encontré en el lecho, donde yacía desde los primeros días del invierno y del cual no debía ya levantarse. Hallábase en el principio de la horrorosa lucha final contra la muerte; largo martirio que duró quince meses, prolongándose la vida de esta mujer superior en fuerza de una voluntad enérgica, de una calma estoica, y conservando siempre para aquellos á quienes amaba su gracia expresiva y dulce sonrisa.

Cuando entré en su habitación contemplé sobre la almohada, y en la penumbra producida por los cortinajes de color azul oscuro, aquella delicada cabeza que descansaba ataviada tan correctamente como si se tratara de un día de recepción. Hallábase vestida con su acostumbrada elegancia, y adornada con todas sus alhajas, sus brazaletes y sortijas, como persona que no quiere confesarse vencida y que se encuentra descansando de una ligera y fugaz fatiga; pero su figura se mostraba con una palidez verdaderamente cavernosa.

Allí, cerca de su lecho, se arrodillaba la Duquesa de R\*\*\*, su íntima amiga, que le cogía la